

LA EDUCACIÓN SOCIAL, LAS CIENCIAS Y PROFESIONES SOCIALES ANTE LAS CRISIS GLOCAL

Marco Marchioni

168

Premisa

Estamos viviendo una fase de la vida colectiva –compleja y difícil, a la vez- en la que se han producido cambios estructurales tan profundos y en un espacio relativamente corto de tiempo –tanto a nivel global como local- que obligan a todo el mundo a volver a interrogarse sobre el por qué y el para qué de su acción y de sus planteamientos. También puede decirse que muchas certezas del pasado ya no nos parecen tan ciertas ya que muy a menudo hemos verificado y la realidad nos ha mostrado incoherencias y contradicciones –a veces profundas- entre lo que se decía y lo que se hacía. Al mismo tiempo, tampoco aparecen perspectivas claramente definidas en las que apuntarse. Creo que estas afirmaciones pueden ser ciertas en general y, muy en particular, por las personas y las profesiones que operamos en lo social y en directa y cotidiana relación con las condiciones de vida de las personas y las colectividades.

En este marco global y complejo se necesitan momentos y espacios para debatir y para buscar aquellos elementos –políticos, técnicos, organizativos, etc.- que permitan a cada sujeto, a cada actor, intentar definir su papel y cuál es o puede ser la función que puede realizar para contribuir a la mejora de lo existente y ser reconocido socialmente como alguien que contribuye a esta mejora. Este es el reto actual de las profesiones sociales. Espacios y momentos claves en una organización para lo que acabamos de plantear son evidentemente los congresos, como el que he tenido el honor de participar. Dejando a la organización definir los aspectos propiamente organizativos y corporativos de la profesión –que son importantes, pero que no tendrían que ser los únicos ni los más importantes de un Congreso- y aceptando la invitación que se me ha hecho, intento con este escrito aportar algún elemento de reflexión con la esperanza de que pueda ser de utilidad.



La crisis ‘glocal’ que nos envuelve

En estos tiempos y por la crisis global –que repercute directamente en todas las realidades locales- en la que estamos envueltos, es sustancial que cualquier planteamiento profesional esté ubicado en el marco de una propuesta política. Propuesta, porque tiene que ser algo dialéctico -abierto al diálogo, al debate y a la confrontación- y no un dogma inmodificable; y política, para hacer explícito y comprensible cuál es su aporte a la mejora de lo existente y al bienestar colectivo. Después vendrán las técnicas y las metodologías, por una parte, y, por la otra, la búsqueda de ámbitos, acciones, espacios, proyectos, etc. en los que desarrollar la propuesta. No es posible invertir el orden de estos factores porque el producto va a ser siempre negativo o peligroso para el futuro de la organización.

Sin una propuesta política todo pierde sentido, los planteamientos se diluyen, se ofuscan y, al final, se pierde autonomía y capacidad de incidir; solo quedan peleas corporativas para ocupar puesto de trabajo y de poder.

La realidad que nos rodea tiene muchos aspectos y elementos negativos –por los cuales hay que trabajar y, muy a menudo, luchar-, pero también tenemos que saber reconocer que la sociedad ha avanzado en muchos aspectos y otros elementos que hoy en día es absolutamente necesario desarrollar y apuntalar, so pena de que se den pasos irreversibles hacia atrás. Personalmente pienso que las fuerzas políticas, que han tenido mayor capacidad de gobierno, son las que tienen en esto una gran responsabilidad, porque han sido y son aún incapaces de ejercer una sana y saludable autocrítica y reflexionar sobre los errores cometidos.

Los elementos sobre los que hay que trabajar.

Los elementos sobre los que hay que trabajar en este momento y en este contexto y que tienen relación directa con las profesiones sociales, pueden ser resumidos –sin pretensión de ser completo- en los siguientes:

Necesitamos urgentemente **procesos educativos y sociales** que contribuyan a que todo el mundo pueda tener más capacidad de comprensión de lo que le rodea y, gracias a ello, tener posibilidad de participar en paridad de condiciones con todos los demás, en la realidad glocal que nos rodea. En la sociedad del conocimiento y de la innovación estamos corriendo el riesgo de que los sectores sociales más débiles queden marginados desde los primeros años de vida y que la dicotomía se dé principalmente a través de la educación.

La posibilidad de buscar alternativas y construir una realidad social más justa ya no puede ser delegada únicamente en la escuela y tiene que ser compartida y asumida comunitariamente. **La educación tiene que ser social** porque estamos convencido que los procesos educativos tienen que ser continuativos y permanentes y que tiene que haber una relación entre la educación formal en las aulas y la educación informal fuera del aula, es decir, en la calle, en los espacios públicos y en la sociedad en general.

Sin entrar ahora en un análisis de la realidad educativa –me refiero a la formal, institucional y, en particular, la pública- que requeriría otro espacio, sí es necesario decir y denunciar que en nuestro país se ha perdido una importante batalla, ya que se ha generado una dicotomía educativa por la cual amplios sectores sociales –que definimos como ‘medios’- y cuya progenie hubiera, hasta hace pocos años, estudiado en colegios e institutos públicos, hoy en día creen que se ven obligados a hacer grandes sacrificios para que estudien en la privada. En la base de esta elección, muy poco libre, está la idea de que la escuela pública ya no es capaz de asegurar un futuro comparable, es decir, capaz de competir, con el de los sectores sociales más ricos.

De ello no se deriva el hecho de que no haya que seguir luchando y trabajando para recuperar esta finalidad y esta función de la escuela pública, sino para advertir que esta batalla no puede librarse solo desde los colegios y desde los profesionales de la educación, sino en/con y desde la sociedad entera. Y este es el campo de una educación social, vista no solo como complemento del sistema educativo público –un servicio y una ayuda al profesorado y a las familias- sino como sensibilización y preparación del entorno educativo, es decir, las comunidades locales, para que de verdad podamos decir que por fin hemos comprendido no solo lo que Tonucci lleva años intentando decirnos, sino, más simplemente, que el dicho africano –“*para educar a un niño hace falta toda una aldea*”- era y es cierto. Sobre este tema podríamos escribir páginas y páginas, pero lo he introducido también porque me lleva al otro gran tema, complementario a este, que es el tema de **la ciudadanía**.

Con el fin del franquismo, con la Transición y con la Constitución hemos conquistado libertades y democracia. También hemos dejado de ser súbditos para convertirnos en ciudadanía. Esto es cierto, pero no es menos cierto que el paso de súbditos a ciudadanos no se puede dar solo con las leyes, sino a través de procesos auto-educativos que no dependen del profesorado que imparte clases, sino que se dan en una sociedad en la que, en todos sus

ámbitos, en sus organizaciones y en su funcionamiento, se practica una gran coherencia entre lo que está escrito en las leyes y lo que se hace en la práctica (empezando por el gobierno de la ‘cosa pública’). Pero en todos estos años hemos vivido en una profunda incoherencia. Podemos constatar esta incoherencia sobre todo en tres grandes ámbitos:

El ámbito de la política

El ámbito de la política y del ejercicio de la democracia, en el cual el peso de los partidos y de sus aparatos ha prevalecido sobre el ámbito de la participación y de la corresponsabilidad de la ciudadanía. Esta prevalencia ha sido significativa en la larga época dominada por el bipartidismo y sigue existiendo, lamentablemente, en la nueva época que se ha abierto a partir de fenómenos espontáneos, de rebeldía y denuncia ciudadana, como el de los Indignados y del 15M. En términos muy sintéticos podríamos decir que los partidos han contribuido muy poco a la creación de una ciudadanía crítica y autónoma, favoreciendo más bien una relación con la ciudadanía que puede ser definida como una forma moderna de clientelismo político que tiene, en el caso de los ERE de Andalucía o en el pujolismo en Cataluña, sus máximos, y no únicos, ejemplos. En todo este tiempo los partidos han renunciado a una de sus funciones primordiales: la de ejercitar una pedagogía práctica de la política y de la democracia, contribuyendo así a la creación de una ciudadanía crítica y autónoma, condición esencial para avanzar hacia formas y hábitos de democracia participativa. Como científicos de lo social podemos asegurar que un sistema que no se alimenta de una relación bidireccional y democrática entre quien gestiona y administra el poder y quienes son los beneficiarios/destinatarios de esta gestión, es un sistema que tiende inevitablemente a estancarse y a endogamizarse, facilitando fenómenos como la corrupción estructural, el clientelismo y la dependencia. Al mismo tiempo que genera desencanto, desilusión y pérdida de confianza en la política y en el sistema democrático. Todo esto, tarde o temprano, se paga.

El ámbito de lo social

El ámbito de lo social, de lo colectivo y de lo común, es decir el ámbito de las políticas sociales y de la gestión del llamado Estado de Bienestar. Antes, conviene recordar algo -que lamentablemente se ha ido perdiendo en el creciente mar de la sectorialización y especialización de los conocimientos científicos- que constituye la finalidad fundamental de todas y cada una de las ciencias que se definen como sociales: la de contribuir, cada una en su ámbito y conjuntamente (holísticamente), a la autonomía y a la capacidad de las personas,

grupos y comunidades para superar situaciones de dificultad y desarrollar sus propias potencialidades.

En este ámbito de lo social, también la incoherencia, entre las finalidades –teóricas- y la gestión –práctica-, se observa en dos aspectos fundamentales:

a) en la progresiva transformación del Estado social en Estado asistencialista, es decir, en políticas sociales que prodigan prestaciones en la época de expansión económica (como, por ejemplo, el cheque-bebé); o recortes y precarización, en la época de la crisis, creando más dependencia que autonomía. Prestaciones en una dimensión casi únicamente individual/familiar, no colectiva y comunitaria, y sustancialmente, asistencial/terapéutica y no preventiva y promocional. Con todo esto no se está poniendo en duda la importancia de una ayuda profesional de carácter asistencial porque, evidentemente, en una sociedad que tiene en el sistema de producción capitalista su epicentro, no todo el mundo participa en paridad de condiciones. Al contrario, sabemos de la importancia y necesidad de esta ayuda para que muchas personas puedan superar su situación de necesidad en un determinado momento de su vida. Lo que se pone en tela de juicio es cuando este aporte profesional se reduce a prestaciones puntuales sin continuidad ni proceso/itinerario de salida y sin conexión con otros tipos de prestaciones –preventivas y promocionales- a niveles colectivos y comunitarios. Esta frase condensa, en mi opinión, un cuadro sintético de las políticas sociales de los últimos treinta años en España y deja claro que las máximas responsabilidades recaen en la dirección política del país y no sobre el conjunto de profesionales. Aunque urge también decir que este cuadro estaba presente y actuaba antes de la crisis económica y el hecho sociológicamente cierto es que, hasta la crisis, ha habido pocos movimientos de protesta y de lucha profesionales que pusieran en discusión el sistema vigente. Estas protestas se dieron solo con los recortes. Por ello, la mayoría fueron ineficaces, tardías y muy poco conectadas con la realidad social circunstante. La ciudadanía entendió que eran, como casi siempre, protestas corporativas en defensa del puesto de trabajo y no protestas para modificar y mejorar un sistema no correspondiente a las finalidades antes dichas¹.

b) El haber fragmentado las políticas sociales en una miríada de intervenciones sectoriales y particulares, sin conexión entre ellas; y haber puesto el acento de las

mismas en la atención a las demandas individuales existentes y muy poca a la promoción de la superación de las causas que están en el origen de las mismas. Se ha querido olvidar que las consecuencias son individuales, pero las causas siempre son más generales. De esta manera las comunidades locales –los barrios de las ciudades y los pueblos- se han visto *invadidos* por intervenciones a su vez fragmentadas, puntuales y sin continuidad, más centradas en los *usuarios* que en la de *ciudadanos*; y más en *proyectos* (que termina) que en *procesos* (que continúan). Todo ello a su vez ulteriormente fragmentado por diferentes gestores: públicos (administración local y otras administraciones) y privados (ONG de diferente perfil y empresas de todo tipo).

De esta caótica situación se han derivado dos consecuencias negativas que están presentes hoy en todos los territorios y que cuesta muchísimo erradicar: por una parte, haber estimulado un espíritu de competitividad entre todos los que intervienen en el territorio en vez de la colaboración y la integración necesarias para dar respuestas más globales y más continuativas; y, por otra, haber contribuido a la obsolescencia del papel central y coordinador del Ayuntamiento que, a su vez, ha hecho muy difícil promover en estos mismos territorios procesos participativos que implicaran activamente la ciudadanía en la mejora de lo existente. Por mala suerte y lamentablemente, ni las organizaciones del Tercer Sector, ni los movimientos de la llamada Sociedad Civil han sabido y podido modificar esta situación, ya que ambos se han integrado en las tendencias dominantes a cambio de subvenciones. Fundamentalmente, las políticas sociales solo han operado, en todos estos años, con esta visión asistencialista de las mismasⁱⁱ.

En conclusión, las comunidades locales se han convertido en territorio de *invasión*, lleno de prestaciones e intereses particulares, mientras desaparecían los intereses comunes y generales.

Hoy, teniendo en cuenta esta realidad, el tema podría ser resumido en la necesidad de propiciar y acompañar en el territorio procesos participativos y comunitarios que pueden recuperar el sentido pleno de la participación de la ciudadanía en acciones de cambio social - integrado y conectado con el trabajo asistencial- que atienda realmente a los intereses comunes y generales de la población; basándose no tanto en la aportación de ulteriores recursos económicos, sino valorizando y potenciando lo que ya existe, de manera coordinada e integrada. En el fondo, la necesidad de acompañar y hacer posibles procesos auto-educativos, mayéuticos, en el territorio.

Pero, para estas finalidades y para contribuir profesionalmente a estos ámbitos ciudadanos y comunitarios, también se requieren cambios estructurales en los currículos formativos que actualmente ignoran estas dimensiones.

El ámbito económico

El ámbito económico –que juega un papel fundamental en la vida de las personas y de las colectividades, en particular en esta etapa de predominio del capitalismo financiero y de la precariedad laboral-, hoy en día está caracterizado por elementos de cambios fundamentales como la existencia de una realidad multicultural, nuevas relaciones entre las generaciones y una transformación sin igual por las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información. Sabemos que el aporte social no tiene repercusión directa sobre la economía, por lo menos a escala individual. Sin embargo, creo que las políticas y las ciencias y profesiones sociales podrían y tendrían que jugar un papel clave a nivel colectivo.

En una época que ya parece muy lejana, las personas que trabajábamos en lo social teníamos como referencia todo lo que la clase obrera y el movimiento de los trabajadores conquistaron, a partir de la 2ª Guerra Mundial, por lo menos en el mundo occidental y de manera muy estructural, en Europa. Todo ello en el surco de los movimientos socialistas, comunistas y anarquistas de finales del siglo XIX y teniendo en cuenta el impacto de la Revolución Bolchevique en el mundo capitalista. Lo que llamamos Estado del Bienestar no puede limitarse a ser entendido como un conjunto de prestaciones otorgadas de manera paternalista a la población desde el poder constituido, sino algo mucho más sustancial: el Estado social ha sido el fruto de la lucha de muchísima gente para conseguir una sociedad que asegurara a todo el mundo una posibilidad real de poder participar –y competir- en paridad de condiciones. Esto, en una realidad en la que existían y existen diferencias de clase, elemento que no se puede eliminar, dada la existencia de un sistema capitalista de producción de la riqueza dominante y prácticamente sin alternativaⁱⁱⁱ.

En este marco se da un hecho que nunca antes se había producido en la historia y que, en estos momentos, tampoco parece posible que se vuelva a dar: el que una clase social, la clase obrera, consigue con su lucha que se reconozcan y acepten sus reivindicaciones que van más allá de sus intereses corporativos, propios de su clase, y se convierten en universales. Este es el sentido real y profundo de lo que definimos como Estado social, a pesar de que los que han heredado este gran patrimonio no hayan sabido administrarlo y reinventarlo, para ir

adaptándolo a los cambios que se han producido. En el momento actual esta referencia prácticamente no existe, ya que la globalización, el predominio del capital financiero sobre el capital productivo, unidos al declive y obsolescencia de los movimientos sindicales y de las organizaciones políticas de los trabajadores, ha roto el equilibrio contractual que se había conseguido. (Hoy en día, un joven europeo difícilmente sabe de dónde proceden las medicinas que le prescribe su médico de cabecera. Cuando a este mismo joven se le ofrezcan las mismas medicinas en un seguro médico privado, no comprenderá la diferencia que hay entre una cosa y otra).

Conclusiones

Todo lo anterior me parecía necesario para simplemente recordar la importancia de la lucha para la defensa y el desarrollo de los Estados sociales aun existentes en Europa –también como referencia para el mundo en la época de la globalización- y la importancia que tiene en esta lucha el aporte de las ciencias y de las profesiones sociales. En particular, me parece importante evidenciar lo que estas ciencias y estas profesiones pueden aportar en el tema de la igualdad de oportunidades para contribuir a que todo el mundo pueda participar en paridad de condiciones. Personalmente creo que en el sistema capitalista actual no solo hay grandes diferencias de clases, sino que la distancia entre las clases –que en la época anterior había disminuido con la extensión de las clases medias- vuelve a aumentar. El drama no consiste solo en que hayan aumentado las desigualdades, sino que la sociedad se está dicotomizando, con un aumento creciente de las distancias, en todos los campos, entre unas clases y otras. Estas distancias difícilmente podrán superarse en una sociedad en que no se aporta a todo el mundo los elementos –sociales, educativos, de conocimientos, etc.- fundamentales para poder participar en paridad de condiciones.

Así que el papel, la función y la finalidad de las ciencias y de las profesiones sociales –y, de manera muy directa, de la educación social- son las de contribuir a que esta distancia no se haga insuperable. La riqueza no será igualmente distribuida, pero podemos contribuir a que los conocimientos necesarios en el mundo de hoy y la posibilidad de participar en paridad de condiciones, sean un objetivo de nuestro trabajo y un hecho real para una gran mayoría de personas y de comunidades. En este momento nuestros aliados son justamente nuestros mismos conocimientos y el conjunto de las aportaciones científicas de las que disponemos...



siempre que seamos capaces de socializarlos mayéuticamente y hacer que sean patrimonio colectivo, comunitario e universal.

Aquí está el papel de la educación social. Aunque, conviene advertir que estas batallas no pueden librarse individual o corporativamente, porque nuestro aporte es solo una parte del todo y porque necesitamos construir con la ciudadanía alianzas fuertes y capaces de constituirse en interlocutor real de los diferentes poderes.

Marco Marchioni, 4 de septiembre de 2016

176

ⁱ Conviene recordar el caso de un paro –que se llamó de los 5 minutos–, promovido hace pocos años por el personal sanitario en Atención Primaria (de los Centros de Salud que existen a lo largo de toda la geografía española, con un modelo de intervención altamente avanzado e inspirado en los planteamientos de la OMS) reivindicando un mayor tiempo en la atención de los pacientes. Esta reivindicación es absolutamente fundamental para poder construir con las personas una relación bi-direccional que no se basara solo en la prestación farmacológica. El paro no tuvo éxito, pero, sobre todo, no fue entendido por la población en general y ni siquiera por los mismos usuarios.

ⁱⁱ Solamente, a partir de los años recientes se han ido forjando otras experiencias que intentan, de manera teórica y en la praxis, aportar elementos de cambios a esta situación, trabajando de manera innovadora la dimensión comunitaria. (Véase, por ejemplo, [Proyecto Intervención Comunitaria Intercultural -ICI-](#)).

ⁱⁱⁱ Sin alternativa, ya que incluso los países llamados comunistas, de hecho, han dado vida a sistemas de capitalismo de Estado

